



Sí, ¡eres TÚ!

...y haces nuevas todas las cosas.

MATERIALES COMPLEMENTARIOS PARA LA REFLEXIÓN

ENCUENTRO para conocer el contenido del LEMA 2020/2021

Te proponemos, junto con el texto del encuentro y el dossier explicativo del lema, algunos materiales para profundizar. ¡Gracias por este tiempo con nosotros!

Sobre el asombro...

Se dice que hoy hemos perdido una capacidad que, desde los orígenes de la humanidad, nos ha permitido crecer y desarrollarnos: **la capacidad de asombrarnos**. Porque el asombro encierra en sí mismo una pregunta por la realidad que contemplamos, y, al mismo tiempo, una exigencia de respuesta.

El papa Francisco ha hablado en diversas ocasiones sobre el asombro, que también encontramos en la familia de Nazaret. Te invitamos a leer lo que dijo de esta cualidad en el Ángelus del 30 de diciembre de 2018.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy celebramos la fiesta de la Sagrada Familia y la liturgia nos invita a reflexionar sobre la experiencia de María, José y Jesús, unidos por un inmenso amor y animados por una gran confianza en Dios. El pasaje del Evangelio de hoy (cf. *Lucas 2, 41-52*) narra el viaje de la familia de Nazaret a Jerusalén, para la fiesta de Pascua. Pero, en el viaje de regreso, los padres se dan cuenta de que el hijo de doce años no está en la caravana. Después de tres días de búsqueda y temor, lo encuentran en el templo, sentado entre los doctores, concentrado discutiendo con ellos. Al ver al Hijo, María y José «quedaron sorprendidos» (v. 48) y la Madre expresó su temor diciendo: «Tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando» (*ibíd.*).



El asombro, ellos «quedaron sorprendidos», y la angustia, «tu padre y yo, angustiados», son los dos elementos sobre los que me gustaría llamar tu atención: asombro y angustia.

En la familia de Nazaret, el asombro nunca cesó, ni siquiera en un momento dramático como la pérdida de Jesús: es la capacidad de sorprenderse por la manifestación gradual del Hijo de Dios. Es el mismo asombro que también afecta a los doctores del templo, admirados «por su inteligencia y sus respuestas» (v.47). Pero, ¿qué es el asombro, qué es sorprenderse? Sorprenderse y maravillarse es lo contrario a dar todo por sentado, es lo contrario a interpretar la realidad que nos rodea y los acontecimientos de la historia solo de acuerdo con nuestros criterios. Y una persona que hace esto no sabe lo que es la maravilla, lo que es el asombro. Sorprenderse es abrirse a los demás, comprender las razones de los demás: esta actitud es importante para sanar las relaciones comprometidas entre las personas y también es indispensable para sanar heridas abiertas dentro de la familia. Cuando hay problemas en las familias, asumimos que tenemos razón y cerramos la puerta a los demás. En su lugar, uno debe pensar: «¿Qué tiene de bueno esta persona?» Y maravillarse con eso «bueno». Y esto ayuda a la unidad de la familia. Si tenéis problemas en la familia, pensad en las cosas buenas que tiene el familiar con el que tenéis problemas, y maravillaos con eso. Y esto ayudará a sanar las heridas familiares.

El segundo elemento que me gustaría comprender del Evangelio es la angustia que experimentaron María y José cuando no encontraban a Jesús. Esta angustia manifiesta la centralidad de Jesús en la Sagrada Familia. La Virgen y su esposo habían acogido a ese Hijo, lo custodiaron y lo vieron crecer en edad, sabiduría y gracia en medio de ellos, pero sobre todo creció en sus corazones; Y, poco a poco, su afecto y comprensión por él aumentaron. He aquí por lo que la familia de Nazaret es santa: porque estaba centrada en Jesús, todas las atenciones y cuidados de María y José estaban dirigidas a él.

La angustia que sintieron en los tres días de la pérdida de Jesús también debe ser nuestra angustia cuando estamos lejos de Él, cuando estamos lejos de Jesús. Debemos sentir angustia cuando nos olvidamos de Jesús durante más de tres días, sin rezar, sin leer el Evangelio, sin sentir la necesidad de su presencia y su amistad consoladora. Y muchas veces pasan los días sin que yo recuerde a Jesús. Pero esto es malo, esto es muy malo. Debemos sentir angustia cuando suceden estas cosas. María y José lo buscaron y lo encontraron en el templo mientras enseñaba: nosotros también, es sobre todo en la casa de Dios donde podemos encontrarnos con el divino Maestro y acoger su mensaje de salvación. En la celebración eucarística hacemos una experiencia viva de Cristo; Él nos habla, nos ofrece su Palabra, nos ilumina, ilumina nuestro viaje, nos da su Cuerpo en la Eucaristía, del cual obtenemos fuerzas para enfrentar las dificultades de cada día.

Y hoy volvemos a casa con estas dos palabras: asombro y angustia. ¿Sé experimentar el asombro cuando veo las cosas buenas de los demás, y así resuelvo los problemas familiares? ¿Me siento angustiado cuando me he apartado de Jesús?

Recemos por todas las familias del mundo, especialmente aquellas en las que, por diversas razones, hay una falta de paz y armonía. Y las confiamos a la protección de la Sagrada Familia de Nazaret.

El asombro en la educación

Si quieres, lee la siguiente entrevista a Catherine Lecuyer, autora de, entre otros, el libro *Educación en el asombro*, en el que habla sobre cómo el asombro permite el aprendizaje significativo.

<https://www.hacerfamilia.com/educacion/catherine-lecuyer-cuando-asombro-presente-aprende-20190325133453.html>

¡ERES TÚ!

Seguro que cuando viste el lema te acordaste de una canción enseguida. Te proponemos escuchar esta versión de Morat: ¡eres TÚ!

<https://youtu.be/kuUiFQis1hg>

Como una promesa, eres tú, eres tú
Como una mañana de verano
Como una sonrisa, eres tú, eres tú
Así, así, eres tú

Toda mi esperanza, eres tú, eres tú
Como lluvia fresca en mis manos
Como fuerte brisa, eres tú, eres tú
Así, así eres tú

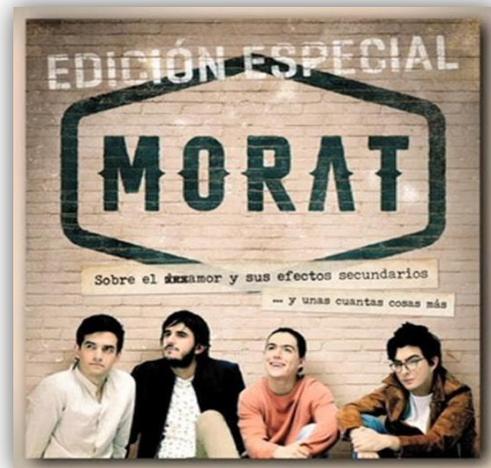
Eres tú, como el agua de mi fuente
Eres tú, el fuego de mi hogar
Eres tú, como el fuego de mi hoguera
Eres tú, el trigo de mi pan

Como mi poema, eres tú, eres tú
Como una guitarra en la noche
Todo mi horizonte, eres tú, eres tú
Así, así, eres tú

Eres tú, como el agua de mi fuente
Eres tú, el fuego de mi hogar
Eres tú, como el fuego de mi hoguera
Eres tú, el trigo de mi pan

Uoh, eres tú, así así, eres tú

Y ahora te proponemos poner en ese TÚ a Dios. ¡Las cosas cambian! ¿Qué descubres de Dios en esa letra?



Un corazón inquieto

Benedicto XVI, comentando el Credo, hablaba así del “deseo de Dios” y del “corazón inquieto”. Te invitamos a detenerte en el texto en **negrita** y a dejar, en el fondo, una pregunta: ¿cómo es mi corazón?:

De modo muy significativo, el Catecismo de la Iglesia católica se abre precisamente con la siguiente consideración: «**El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre**, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar» (n. 27).



El deseo humano tiende siempre a determinados bienes concretos, a menudo de ningún modo espirituales, y sin embargo se encuentra ante el interrogante sobre qué es de verdad «el» bien, y por lo tanto ante algo que es distinto de sí mismo, que el hombre no puede construir, pero que está llamado a reconocer. **¿Qué puede saciar verdaderamente el deseo del hombre?**

El hombre, en definitiva, conoce bien lo que no le sacia, pero no puede imaginar o definir qué le haría experimentar esa felicidad cuya nostalgia lleva en el corazón. No se puede conocer a Dios sólo a partir del deseo del hombre. Desde este punto de vista el misterio permanece: el hombre es buscador del Absoluto, un **buscador de pasos pequeños e inciertos**.

Y en cambio ya la experiencia del deseo, del «**corazón inquieto**» —como lo llamaba san Agustín—, es muy significativa. Esta atestigua que el hombre es, en lo profundo, un ser religioso (cf. Catecismo de la Iglesia católica, 28), un «**mendigo de Dios**». Los ojos reconocen los objetos cuando la luz los ilumina. De aquí el deseo de conocer la luz misma, que hace brillar las cosas del mundo y enciende el sentido de la belleza.

Somos peregrinos hacia la patria celestial, hacia el bien pleno, eterno, que nada nos podrá ya arrancar. Cuando en el deseo se abre la ventana hacia Dios, esto ya es señal de la presencia de la fe en el alma, fe que es una gracia de Dios. San Agustín también afirmaba: «Con la espera, Dios amplía nuestro deseo; con el deseo amplía el alma, y dilatándola la hace más capaz de Dios mismo» (Comentario a la Primera carta de Juan, 4, 6: pl 35, 2009).

En esta peregrinación sintámonos hermanos de todos los hombres, compañeros de viaje también de quienes no creen, de quién está a la búsqueda, de quien se deja interrogar con sinceridad por el dinamismo del propio deseo de verdad y de bien.

La novedad en la vida de la Samaritana

La mujer de Samaría no ha salido hoy en el encuentro. Pero, como Nicodemo, es icono de una mujer que se deja cautivar por Jesús que aporta a su vida algo que, hasta ese momento, no ha sentido y vivido.

Escucha esta canción de Athenas... que bien podría estar en boca de esta mujer.

<https://youtu.be/qdv3N8bgXlk>

Tu obra es maravilla con tu gracia.
Nada es imposible en tus manos.
Ven, hasta lo más hondo de mi ser.
Ven, creo en tu palabra y tu poder.
Porqué...**Todo lo haces nuevo**, Jesús.
Todo lo haces nuevo, Jesús.
Mi vida es tuya Señor.
Renuévame con tu amor,
Señor Jesús,

Limpia mis heridas con tu gracia,
Quema con tu fuego hoy mi vida,
Ven, hasta lo más hondo de mi ser,
Ven, creo en tu palabra y tu poder,
Porqué...Todo lo haces nuevo Jesús...

Dejando todo atrás.
Quiero volver a empezar.
Restáurame, renuévame.

Dejando todo atrás.
Quiero volver a empezar.
Restáurame.

Todo lo haces nuevo Jesús.



Para terminar

Te recordamos las preguntas con las que terminábamos la reflexión esta mañana. Tómate tiempo, abre tu vida a Dios:

¿Noto en mí cansancio o “brillo en los ojos” en aquello que hago?

¿Cómo podría recuperar, en mi vida cotidiana, la capacidad de asombrarme?

¿Dios me sorprende, me descoloca, me remueve por dentro?

¿Qué momentos te sirven de “encuentro” con Dios, con el TÚ de Dios?

¿Necesitas de alguien que acompañe ese camino por las “moradas” de tu vida?

¿Cómo de inquieto tengo el corazón?

¿A qué te está invitando Dios? ¿De quién se sirve para hacerlo?

¿Te has planteado alguna vez que Dios te está llamando a “nacer de nuevo”?

¿Qué te impide abrirte a la novedad? ¿Qué miedos tienes?

Y, por último... ¿cómo hacer nuevo un mensaje de más de 2000 años? ¿Cómo recrearlo en tu vida?

Si quieres compartir parte de tu reflexión con nosotros, ¡no lo dudes! Envíanos un correo a

pjv@scj.es